

# El Taller de Arquímedes

*Sagrario Lantarón Sánchez*

Era una noche de tormenta. Los rayos dibujaban segmentos consecutivos en el cielo de este valle, mi valle, rodeado de montañas senoidales. Nací a las 3 de la madrugada del primer día de abril de 1916. Hora 3:00, del 1 del 4 del 16. (3. 1416). Quizás fue un guiño del destino, un aviso que me indicaba que mi vida iba a estar ligada a las matemáticas.

Mi infancia transcurrió feliz, en este pequeño pueblo del norte que inundaba de verde mis pupilas y de frescor mis pulmones. No eran tiempos de abundancia, por eso, aunque fui buen estudiante, tuve que dejar precozmente mis estudios (muy a pesar de Don Elías, el maestro) para poder trabajar y ayudar con un jornal en casa.

Trabajé en el campo como ganadero, no tenía más expectativas en la vida que ganar lo suficiente para que en mi casa no faltara el pan y leer... Leía, y leía todo lo que me recomendaba Don Elías, historia, geografía, ciencias naturales y matemáticas. Me divertía resolver pequeños problemas matemáticos, eran para mí un pasatiempo y cada vez demandaba más al profesor. De las ecuaciones pasé a la trigonometría, de las funciones a las derivadas, poco a poco iba centrándome en las matemáticas dejando a un lado el resto de ciencias.

De esta forma pasamos los años, llegando a los tiempos difíciles del 36. El maestro, mi amigo, nunca había ocultado sus ideas y empezó a ser amenazado, perseguido. Llegó el momento en el que su vida cotidiana se complicó demasiado, tanto que estuvo pensando en huir. Sin embargo, esto no era tarea fácil, y hasta que le dieran el respaldo apropiado para su viaje podía pasar algún tiempo.

Mi casa tenía un desván bajo el tejado que sólo utilizábamos para guardar trastos viejos, se me ocurrió que quizás ese fuera un buen lugar para esconder a Elías hasta que llegara el momento de huir a otro lugar. En principio, él no quiso, ya que podía poner en peligro a mí y a mi familia, pero poco a poco le fui convenciendo, y una noche hicimos el traslado. Nadie en mi casa lo sabía, por ello el maestro tenía que vivir sin apenas moverse para que ningún ruido alertara de una presencia extraña.

Elías pasaba las horas leyendo y, como lo que mejor hacía era enseñar, pasó a ser mi profesor particular. Yo tenía la sabiduría de Elías a tiempo completo, sólo para mí. Me planteaba problemas matemáticos, algoritmos, acertijos... También me contó con detalle su vida; cómo se había hecho maestro y por qué la enseñanza de los niños le llenaba el corazón.

Así, poco a poco, fue entrando en mí la noble profesión de profesor a la vez que seguía investigando en las matemáticas y aprendiendo un poco más cada día.

Pasaron los meses, y llegó el momento de la despedida. Sabía que quizás no lo volvería a ver, pero mientras rodaban unas lágrimas por mis mejillas me sentía feliz de que por fin mi maestro hubiera puesto término a esos meses de encierro.

“Lucha por tus sueños. Sé que lo conseguirás”, se despidió Elías.

Mis sueños me darían el poder, algún día, de ejercer una profesión en la que me rodearan libros matemáticos y poder inculcar esta ciencia a mentes jóvenes que pudieran comprender su fortaleza.

Mi vida había cambiado, y aunque en los tiempos revueltos por los que atravesaba España, no podía pensar en otra cosa que no fuera sobrevivir de la mejor manera posible, ésta época pasaría.....y pasó.

Llegó el momento de proseguir mis estudios, mediante exámenes libres, ya que no podía dejar de trabajar. Pero poco a poco iba consiguiendo mis objetivos.

La época de exámenes fue dura, pero también muy rica ya que abrí mi vida a nuevas personas. Hombres y mujeres que como yo estaban ansiosos por ampliar sus conocimientos y llegar a más en la vida. Una de ellas fue Clara. Compartía conmigo el amor por la enseñanza y las matemáticas, y ese amor, poco a poco, se extendió a nosotros. Soñábamos con ser maestros de un pueblo y hacer algo por extender las matemáticas entre los jóvenes.

En unos años habíamos sacado las oposiciones y conseguimos plaza en pueblos distintos, hasta que al fin pudimos estar en el mismo pueblo. Entonces, Clara ya era mi mujer.

Enseñábamos a los niños y niñas, por entonces en aulas separadas, disfrutando plenamente de nuestro trabajo. Sin embargo, queríamos hacer algo más, necesitábamos tener una idea, algo bonito para construir con los niños y las matemáticas.

Juegos matemáticos, geometría... un lugar donde los niños jugaran con las herramientas que les daba la matemática.... Sí, un taller matemático. Decidimos destinar una sala del colegio sólo a este uso, la llamamos el taller de Arquímedes. El nombre fue idea de Clara, que siempre me decía que yo debía haberme llamado Arquímedes, ya que éste sabio fue el que obtuvo una de las primeras aproximaciones del número pi, en el año 250 adC, utilizando para sus estudios el valor 3.14163, y yo, a mi modo, aproximé el número con mi nacimiento.

Los niños venían al taller un ratito cada tarde, primero nos ayudaron a decorar las paredes, escribían ecuaciones, dibujaban gráficas de funciones, pintaban triángulos rectángulos, circunferencias, y las fórmulas matemáticas más decorativas.

Una vez que tuvimos el aula decorada nos centramos en el trabajo, proponíamos acertijos, adivinanzas matemáticas, problemas a resolver; así los niños iban mejorando sus

habilidades y se veía cómo disfrutaban mientras aprendían. A veces me quedaba pensativo, me acordaba mucho de Elías mi maestro, y parecía como si por un instante fuera él quién hablara por mi boca y yo, uno de esos pequeños sedientos de aprender.

Sí, estaba siguiendo tus pasos, amado maestro. Tanto tiempo sin saber de tí, ¿qué habrá sido de tu vida? Me conformo con saber que estarías orgulloso de mí, que he sido tu discípulo y he recogido tu legado, que sin tí yo no habría llegado donde estoy.

De esta forma pasaron los años. Clara y yo tuvimos tres hijos: Elías, Sofía (en honor de Germain) y María (en memoria de Sommerville). Fuimos muy felices. Cumplí mis sueños.

Cuando llegó el momento de mi jubilación, seguí en activo conservando el taller de Arquímedes. Con ello mantuve el contacto con los niños y seguí divirtiéndome con las matemáticas.

Por desgracia, Clara no pudo acompañarme en esta etapa, una enfermedad se la llevó de mi lado aunque siempre la he sentido unida a mi corazón en todo lo que he hecho.

Ahora me animo a escribir estas líneas, sé que me queda poco de vida. Mi mente de matemático busca alguna pista, algún número, alguna constante que me diga cuándo llegará el fin de mi existencia, al igual que anunció mi nacimiento; cuándo podré reunirme contigo, mi amada Clara, y poder abrazar de nuevo a mi profesor. Sé que pronto estaré con vosotros.

Os dejo...

Santiago, el maestro.